

ASCENSIONES EN EL MACIZO DE GREDOS

SALIMOS de Arenas de San Pedro hacia el Parador Nacional de Gredos. Pasamos por el Puerto del Buitre, por una carretera estrecha y cuyo trazado es un tanto extraño. Arriba, a los 1.310 metros, nieve en los bordes del asfalto y abundante niebla. Al final del Puerto tomamos la desviación hacia el Parador Nacional. De pronto, al doblar un recodo, se nos aparece la imponente Sierra de Gredos, vista desde el Norte, con mucha nieve y las nubes lamiendo su pico más alto: el Moro Almanzor (2.650 metros).

Es una vista magnífica; el inmenso manto blanco que cubre la Sierra, está salpicado aquí y allá de retazos brillantes, reflejo de algún solitario rayo de sol, que junto al negro de las rocas, realzan la grandiosidad del paisaje. Nuestro propósito era solamente visitar y comer en el Parador, pero en vista del maravilloso espectáculo, decidimos continuar el viaje hasta el Refugio del Club Alpino, en el corazón de Gredos, e intentar la ascensión, a pesar del tiempo, a alguno de los picos del contorno. La carretera que, asfaltada en su mitad, conduce a él, estaba al final cortada por la nieve. Continuamos a pie y pronto llegamos al Refugio. Son dos pequeñas casetas, que abandonadas en aquella inmensidad, parecen más diminutas aún. Hay bastante nieve y nuestro amigo el sol se esconde entre las nubes que pasan velozmente por encima de nosotros, impulsadas por un tremendo ventarrón. Nos ponemos un improvisado equipo montañero, compuesto por un anorak y unas botas de tela, que después las traeríamos totalmente mojadas; para orientarnos no tenemos entre los dos más que un somero mapa y una brújula llavero. A pesar del pésimo tiempo y de no tener más que cuatro horas de luz, nos lanzamos, como un Hillary cualquiera, a la aventura, con los mismos sentimientos que el célebre conquistador del Everest.

Estamos a 1.900 metros. Nos fijamos un objetivo, Las Pozas (2.250 metros), situado un poco a nuestra derecha. Nos orientamos como podemos y empezamos la ascensión. Andamos por un inclinado y fácil campo de nieve, con afloraciones rocosas, uno detrás de otro, rápidamente, porque el tiempo apremia. Tenemos a la derecha un farallón de roca que cae a plomo sobre una pequeña laguna helada. Pronto nos situamos a la altura de las primeras nubes, aproximadamente a 2.000 metros. Pasamos a una zona de

rocas mojadas por el deshielo, y entre la nieve que se ha quedado en las suelas de las botas y el agua de las rocas menudean las caídas. A medida que nos vamos acercando a la crestería, el viento aumenta progresivamente y a duras penas podemos oírnos. Tenemos la sensación de que estamos más altos que nuestro objetivo. Efectivamente, el altímetro señala 2.300 metros. Sin embargo seguimos subiendo perpendicularmente. Llegamos por fin a la crestería: 2.400 metros, y consultamos el mapa: el Morezón.

No se trata de una cima destacada, sino que es una enorme ladera, ligeramente convexa y cubierta por dos metros de nieve. Deci-

dimos seguir horizontalmente por el monte hasta el otro lado, a ver si logramos descubrir la famosa laguna de Gredos. El Morezón no es más que un enorme ventisquero azotado por un tremendo huracán proveniente del NO., que levanta nubes de nieve. El espectáculo que se vislumbra, aunque tapado en parte por la niebla, es extraordinario: encima tenemos las nubes, que pasan a gran velocidad; enfrente y a la izquierda, el Moro Almanzor y sus satélites, cuyas cimas se ocultan tras el velo vaporoso de la niebla, y, por fin, a la derecha y en el horizonte, apenas vislumbrada, la meseta castellana, iluminada por el sol del atardecer.

Seguimos avanzando con un terrible ventarrón de frente que nos hiela hasta los huesos, a pesar del anorak.



Al pie del Morezón (Gredos). Al fondo los Hermanitos.

Tras haber doblado la máxima convexidad, miro hacia atrás y veo allí lejos a mi compañero, de pie, sobre la línea uniforme que dibuja la ladera al recortarse sobre las nubes. Es un bonito cuadro, en el que no hay más que tres componentes: la nieve, las nubes y mi amigo.

Llegamos por fin al borde del Circo de Gredos; lo dominamos de unos 100 ó 150 metros, pero no hay ni rastro de laguna. Ante el anochecer próximo, decidimos volver. Alteramos nuestro itinerario de regreso y nos dirigimos oblicuamente hacia donde suponemos se encuentra el Refugio. Por el camino nos encontramos con un «cairn»: Las Pozas. Colocamos la piedra de reglamento, sacamos algunas fotos en perpetua lucha con el fuerte viento y proseguimos la marcha. El descenso es fácil por una pendiente de nieve hasta el Refugio. Encontramos abundantes huellas de esquís y botas. Después nos enteraríamos que el fin de la semana anterior hubo una travesía organizada por la F. E. M. De ahí las numerosas señales. Seguimos bajando entre nieve, rocas y agua, hasta que llegamos a la carretera. Hemos tardado unas tres horas y ha sido nuestra primera experiencia larga sobre nieve, experiencia que nos gustaría volver a vivir.

Una última y nostálgica mirada a las montañas con las que acabamos de librar una emocionante batalla y cuyas cimas adivinamos entre la niebla, y emprendemos el regreso. Las nubes siguen volando sobre nosotros...

J. M. Ramos
«Del C. M. Loyola»